

Notas sobre la dimensión filosófico-política de las metáforas epistemológicas

A propósito de laberintos y Guerra Nuclear (Razón fantástica versus Razón Lógica)

Por JOSE CALVO GONZALEZ

Málaga

La evidencia de que la guerra atómica ha transformado cualitativamente los cuadros mentales y con ellos las estrategias y recursos de orden instrumental respecto al modo como los hombres vinieron resolviendo y satisfaciendo hasta hoy (esto es, violentamente) los conflictos de competencia, desconfianza y afán de fama ha incorporado al problema de la guerra y, por supuesto, al de la paz —y más aún si cabe a este último— una novísima y pocas veces explorada dimensión. En ella ha buceado Bobbio (1) desde el compromiso militante de una filosofía política concreta, la «conciencia atómica», renunciando además al cómodo —y siempre tranquilizador, me atrevería a decir también— sentimiento apocalíptico (de tan patético, cómico en alguna ocasión). De una finísima sensibilidad intelectual, el suyo resulta un discurso esencialmente argumental. Y así, es conclusión irrefutable que la guerra, a partir al menos de la irrupción de la potencialidad destructora termonuclear, ha pasado a representar para el movimiento porvenir de la historia un auténtico «camino bloqueado» porque:

a) se hace inservible para ventilar intereses contrapuestos entre cualquiera dos hipotéticos contendientes en una situación de controversia internacional, luego jamás será empleada y al cabo desaparecerá, y

b) se hace, ahora más que nunca, absolutamente indeseable y condenable, injustificada en suma, y por tanto, es preciso eliminarla para siempre.

La defensa de uno u otro argumento coincide con dos distintas concepciones de la paz: el pacifismo activo y pasivo, respectivamente. El

(1) N. BOBBIO, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Gedisa, Barcelona, 1982, pág.204.

uno como el otro consideran y reconocen la profunda irracionalidad de la guerra, pero a diferencia del primero el segundo se hunde y confunde con el propio proceso de irracionalidad al reenunciar lo que Hobbes había expresado como dilema violencia (libertad sin paz)-despotismo (paz sin libertad); la ventaja del terrorismo atómico es el equilibrio, de terror, pero —defenderán— equilibrio al fin. Bobbio ha denunciado esta vía de «paz» calificándola de típico producto de fause conscience. Tal equilibrio es asimilable al estado de naturaleza hobbesiano bien que con la esencial diferencia de que si éste fue una situación de la que los hombres decidieron en algún momento —por utilidad o por deber— salir, el «equilibrio de terror atómico» es en sí mismo paralizante y siempre precario, y el desequilibrio, liberando dosis de terror, puede inducir a la osadía, por no hablar de la eventualidad de que la ruptura del equilibrio suceda por error, por azar o por locura (pág. 46). De esta afirmación nos interesa aislar ese juicio de parálisis valorando en una dimensión filosófico-política su verdadero alcance, que a nuestro entender es, en realidad, muy otro.

Por su parte, el pacifismo activo se incardina en opinión de Bobbio en tres direcciones según que para la solución del problema —eliminación de la guerra e instauración de una paz perpetua— se actúe sobre los medios (instrumental), las instituciones (institucional) o los individuos (finalista). El instrumental abarca dos momentos:

1. Negativo, representado por el esfuerzo en destruir las armas o al menos reducir al mínimo su cantidad y peligrosidad.
2. Positivo, representado por todos los intentos dirigidos a sustituir los medios violentos por los no violentos y, en consecuencia, obtener con otros medios el mismo resultado.

El 1) expresa la teoría y práctica del desarme, mientras que el 2) la teoría y práctica de la no-violencia. Las diferencias son sustanciales, puesto que en la perspectiva negativa del pacifismo instrumental no se incide sobre las condiciones que posibilitan la guerra con lo que no se sobrepasa el techo de una política, la de menor esfuerzo, en tanto que el enfoque positivo propone ante todo una filosofía. El institucional se dirige contra el Estado como institución, adoptando preferentemente dos formas: la jurídica (la guerra va unida a la existencia de Estado) y la social (la guerra va unida a determinada forma de Estado). Las soluciones son, respectivamente, la creación del Superestado o Estado mundial y la transformación del orden social capitalista o tránsito del capitalismo al socialismo; hay, por consiguiente, una también distinta valoración de las alternativas, pues, el primero apuesta por un proceso gradual de estatificación de la sociedad, mientras el segundo pretende invertirlo en favor de nuevas formas de convivencia no gobernadas por la fuerza. El finalista, por último, se preocupa de modificar las motivaciones que han llevado al hombre a la guerra y que básicamente resultan de la necesidad y el interés. Es decir, lucha contra la concepción pragmática y utilitarista, ya sea sostenida en principios ético-religiosos (positivismo moral) o principios materialistas (naturaleza instintiva hostil del hombre). Las soluciones pueden venir a través de

una conversión o reconversión ético-moral (pedagogía) o de la profunda renovación (terapéutica). Bobbio se reconoce incapaz de tomar partido ante esta concreta alternativa (pág. 86).

Ello no obsta, sin embargo, para que puedan establecerse «criterios de juicio». Las tres formas de pacifismo activo se disponen entre sí en un orden progresivo de mayor complejidad y profundidad. ¿Qué gradación de preferencias debe entonces proponerse? A esta interrogante Bobbio responde: «El problema que afrontamos es el de la elección racional entre diversos medios que sirven todos para lograr el mismo fin» (pág. 87). Una elección de este tipo precisa tomar en consideración dos parámetros: practicalidad (posibilidad y facilidad de realización) y eficacia (poder del medio, una vez llevado a la práctica, para obtener los resultados esperados). La función de relación entre ambos parámetros se enuncia del siguiente modo: a medida que aumenta la profundidad aumenta la eficacia, lo que no significa sino que cada uno de los caminos es tanto más practicable, cuanto menos eficaz, y viceversa.

En códigos binarios el pacifismo instrumental es más practicable que el institucional, pero menos eficaz o de difícil estimación concreta en su eficacia si se trata de pacifismo instrumental positivo. El finalista es más eficaz que el instrumental, pero menos practicable. El institucional, se halla a mitad de camino de los dos anteriores ya que resulta más practicable, pero menos eficaz que el finalista y más eficaz, pero menos practicable que el instrumental, mediando entre la modalidad de pacifismo institucional jurídico respecto de la social una relación que es y funciona como paradigma de la fórmula de relación general, arriba mencionada, para los parámetros practicabilidad-eficacia. Si, por tanto, las opciones se mueven en relación inversa parece necesario concluir que «en la situación presente de la humanidad ninguno de los caminos imaginables hasta ahora es en máximo grado, al mismo tiempo, practicable y eficaz» (pág. 91). No conviene despreciar esta conclusión por el solo hecho de no permitir ir más allá de modelos abstractos de previsiones posibles que, como el mismo A. reconoce, distan mucho de ser una definida previsión. Y no conviene menospreciarla porque, de suyo, introduce un elemento sobremanera esclarecedor; nos sitúa ya, tras de un amplio trayecto histórico lleno de vericuetos angostos, retorcidos, serpenteantes, con retornos imprescindibles ante «caminos bloqueados», luego en fin de un recorrido *laberíntico*, en la encrucijada de dos vías. Así, el «juego» debería quedar resuelto, nos dice: «como máximo otro intento más, y si luego también éste falla, sólo queda el camino que conduce al aire libre. Pero el laberinto de la historia tiene una peculiaridad que hasta ahora se nos había escapado y la hace más semejante a un juego de azar que a una diversión despreocupada: de los dos últimos caminos restantes, uno conduce a la salida, pero el otro, en lugar de ser un camino bloqueado (como tantos otros anteriores), termina en un abismo, o sea que es un camino *del que no se puede retroceder*. En el momento, en que la elección se ha convertido en algo tan sencillo, se ha vuelto también tremendamente comprometida: «aut-aut» (págs. 91-92).

A nuestro juicio, reside aquí uno de los mayores aciertos del trabajo, que es el que posee también la extensión mayor de entre cuantos la edición recoge (2) dando título a la obra. Y es, sin duda, la elección de la imagen del laberinto, es decir, el recurso a una de las más sugerentes tradiciones icónicas del género fantástico por el empleo de la alegoría estético-arquitectónica del laberinto (3). Bobbio, efectivamente, globalizando una conocida opinión de Wittgstein (*Investigaciones filosóficas*), dispone el comienzo de su estudio señalando que la situación del hombre en el mundo puede ser tomada de tres maneras: como la de alguien que está en el interior de una botella (abierta), como la de un pez atrapado en la malla de una red, o, por último, como la de un ser extraviado y errante por las calles de un laberinto, siendo tarea de la filosofía enseñarle a hallar la salida siempre que ésta exista.

Pues bien, en principio, como decimos, nada de objetar, antes al contrario, acerca de la utilización, con carácter simbólico cultural «no

(2) El resto lo compone, 1) «Derecho y Guerra» (págs. 95-116); 2) «Sobre el fundamento de los derechos del hombre» (págs. 117-128); 3) «Presente y futuro de los derechos del hombre» (págs. 129-155); 4) «La idea de la paz y el pacifismo» (págs. 157-185), y 5) «¿Es una alternativa la no violencia?» (págs. 187-204). En 1) presentado como discurso inaugural en la Academia de Ciencias de Turín el año 1964-1965, Bobbio demuestra que la relación derecho-guerra es tan compleja como la de derecho-fuerza, permitiendo contrastes antitéticos. Se nos ofrece también un recorrido a través de las diferentes formas de pacifismo distinguiéndolas en razón de la diversa explicación que cada una propone sobre la causa principal de la guerra. Respecto a 2) el A. justifica su inclusión considerando que «tanto la guerra cuanto la dificultad de proteger internacionalmente los derechos del hombre, son dos expresiones características de la soberanía casi absoluta de los estados en sus relaciones recíprocas» (pág. 17 de la Introducción) y aborda en particular aspectos conocidos de su polémica con G. Pontara en torno a la posibilidad —que Bobbio no comparte— de establecer el criterio capaz de determinar ciertos derechos como fundamentales en relación con otras reglas de conducta. 3) Continuando en este enfoque, el A. estimará como auténtico problema «no el de fundamentarlos, sino el de protegerlos», por lo que no se trata propiamente de una cuestión filosófica, sino jurídica y, en sentido más amplio, política. En 4) Bobbio estructura en tres partes la temática anunciada: el concepto de la paz, el valor de la paz y concepto y formas del pacifismo. Por último, 5) da a conocer la ponencia presentada en 1975 al simposio sobre «Marxismo y no violencia» organizado en Florencia por el Movimiento no violento, y contiene algunas de las opiniones ya anteriormente sustentadas por el A. también en polémica con G. Pontara, para afirmar que no existe vínculo alguno necesario entre ambos fenómenos y si bien no en los medios, sí hay una clara oposición en los fines últimos por cuanto para el marxismo es la constitución de una sociedad de tipo comunitario y para el movimiento no violento una de tipo libertario.

(3) Para Borges el laberinto representaba un «símbolo de perplejidad», por quedar perdidos en él, al tiempo que por el hecho de haber sido construidos especialmente para lograr tal efecto, aflorando así primitivas inquietudes. Vid. R. ALIFANO, *Conversaciones con Borges*, Debate, Madrid, 1985, págs. 209 y sigs. Sobre la importancia que las estructuras laberínticas han ejercido en la narrativa borgiana, A. M.^a BARRENECHEA, «Los símbolos del caos y del cosmos. Los laberintos», en *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, El Colegio de México, 1957, págs. 57-60. La consideración global del pensamiento borgiano como un laberinto nominalista en J. REST, *El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista*, Ediciones Librería Fausto, Buenos Aires, 1976; J. RICARDOU, «The God of the Labyrinth», en *L'Herne*, París, 1964, págs. 125 y sigs; y E. RODRÍGUEZ MONEGAL, «Símbolos en la obra de J. L. Borges», en *Studies in Short Fiction*, Newberry College South Carolina, vol. III, 1, 1971, págs. 67-77.

particular», de la botella, la red y el laberinto. Si, no obstante, sobre el separado y hasta cierto punto incompleto tratamiento que tales representaciones reciben. Consideramos que en todas y cada una de esas tres figuras, universalizadas, el fondo viene dado por un único y mismo común denominador, la estructura laberíntica y, por tanto, todas y cada una de esas tres figuras son combinaciones de ésta. Tal afirmación nos obliga a una doble demostración; primero confirmándola como posible, probándola luego en todos los supuestos. Sirva decir pues, a lo uno, que la iconografía de lo laberíntico no se reduce a las formas en que habitualmente suele representarsele. Cabría dudar, por ejemplo, que su fábrica y disposición haya permanecido invariada y estable a lo largo de épocas y lugares distintos. En los territorios del antiguo Egipto *biranta* o *labiranta* equivalía a torre o palacio, en suma, determinada construcción donde sus moradores —sacerdotes— oficiaban —más o menos crípticamente al entendimiento de los no-iniciados— solemnes ceremonias relacionadas con la observación del movimiento de los astros, del aire o de las aguas y cuyos dictámenes, así como las reglas de la comunidad —más o menos misteriosas para quienes fueran ajenos a ella— revestían de bajorrelieves los muros de las edificaciones. Por las noticias y descripciones de Herodoto, Estrabón y Diodoro de Sicilia conocemos la existencia del laberinto de Mendes, atribuida su construcción a un remoto príncipe de este nombre y levantado en la isla del lago Moeris, en el Fayum, así como del llamado de los «doce señores o reyes» —compuesto de doce estructuras o torres y doce accesos o entradas, la mitad al Norte y la otra al Sur, además de por un enorme número de estancias, todas duplicadas sobre y bajo superficie— situado al sudeste de aquel mismo lago y cuyo inicio fue ordenado acaso por Amenemhat III, de la XII Dinastía, alrededor de 2.300 a. de C., rematándose quizá durante el reinado de Psanmetico, sobre el 600 a. de C. En Grecia, sin embargo, λαβυρινθος (*laberhnth*, *Labyritus* lat.) aludirá únicamente a las galerías de una mina o caverna como la que en Cnosos, según la *Biblioteca* de Apolodoro, excavó Dédalo por encargo de Minos II en el siglo II a. de C., o la que al pie del monte Ida, cerca de Gortina, menciona Estrabón entre las siete maravillas del mundo; también la de Clusium, utilizada para sepulcro de principales en los años finales del silo VI a. de C., y dispuesta para tal fin —esta vez a decir de Plinio el Viejo— por Porsenna, rey de los clusinos en la Etruria, y la de la Isla de Lemnos o, finalmente, la cueva laberinto detallada por Estrabón en las proximidades de Naupila, la Argolia, cuyas grutas fueron llamadas Cyclopea.

Con todo, el multiformismo del *laberinto* no se constata tanto a través de la variabilidad morfológica de modelos arquitectónicos —o la distribución posible de figuras en el pavimento de algunas iglesias durante el medievo, por ejemplo en la Catedral de Chartres— cuanto, principalmente, en las diversas variables que sobre aquellos pueden operar intelectualmente. Así, la biblioteca-laberinto y el *finis africae* en *El nombre de la rosa* de Eco funcionan, al igual que en *El milagro secreto* de Borges los fondos del

Clementiun (4), como una espléndida metáfora de los metalenguajes, las élites culturales y, de modo especial, el conocimiento (5). Es más, intelectualmente los laberintos pueden no requerir para su ideación elemento arquitectural alguno o como mucho sólo muy escasos y simples. Bástenos recordar de qué manera en la narrativa borgiana es posible detectar por la instrumentación literaria fantástica del sueño no menos de cuatro sucesivos laberintos, el último «invisible»: un desierto, una torre secreta, una biblioteca y, por fin, el tiempo («minucioso, inmóvil, secreto, urdió en el tiempo su alto laberinto invisible») (6). Repasando brevemente el asunto de *El milagro secreto*, Jaromir Hladík, judío polaco, tiene dos sueños fundamentales, el primero sobre una partida de ajedrez en el que recorre «las arenas de un desierto lluvioso» sin lograr memorar las figuras ni las leyes de juego; las piezas y el tablero se guardan en una «torre secreta». En el segundo, Hladík sueña la inmensa biblioteca y halla por azar la letra mágica que, contenida en un atlas a la página del mapa de India, le permitirá crear milagrosamente, invocando el nombre de Dios y su divina gracia, un laberinto en el tiempo. El último de tales sueños tiene lugar en la celda de una prisión, a la espera de ser ejecutado, y desde cuyo interior Hladík había previsto al otro lado de la puerta «un laberinto de galerías, escaleras y pabellones».

La verosimilitud y aceptación de estas formas «extrañas» o «heterodoxas» de laberinto exige, naturalmente, una condición intelectual y espiritual no corriente. Blanchot (7) se ha referido a

(4) «Dios está en una de las letras de una de las páginas de uno de los 400.000 tomos del Clementium.» Borges recoge aquí la tradición bíblica del verbogénesis y en particular talmúdica (*Sanhedrin*, 65, b) del Tetragramaton, combinada en la leyenda *Der Golem* de G. Meyrink (1965) y no desconocida a SCHOPENHAUER, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, VII.

(5) Conviene recordar que no en balde a U. ECO debemos el concepto de «metáfora epistemológica». Vid., *Obra abierta. Forma e indeterminación en el arte contemporáneo*, Seix Barral, Barcelona, 1965, págs. 43-55 y 315-321.

(6) Vid. junto a «El milagro secreto» también «Las ruinas circulares», «La Biblioteca de Babel», «El jardín de los senderos que se bifurcan» y «Funes el memorioso», en *Ficciones* (1944). Con referencia a las estructuras laberínticas en esta obra, G. M. GOLOBOFF, «Sueño, memoria y producción del significante en Ficciones de Jorge Luis Borges», en *Asedio a Jorge Luis Borges*, ed. de J. Marco, Ultramar, Barcelona, 1982, págs. 131-159.

(7) M. BLANCHOT, *Le livre à venir*, Gallimard, París, 1971, págs. 139-140. Para M. ROSA, «Borges o la ficción laberíntica», en *Nueva novela latinoamericana*, 2, Paidós, Buenos Aires, 1972, pág. 147, «tan válido y veraz es el Laberinto de piedra (lo cerrado circular) como el Laberinto de arena (lo vasto infinito)». El desierto como estructura laberíntica aparece en la nota elaborada por Sir Richard Francis Burton para la traducción del *Quitab alif laila ua laila* (*Book of the Thousand Nights and a Nights*) o *Las mil y una noches*, titulada «Historia de los dos reyes y los dos laberintos», y fue referida por Borges en su colaboración crítico-literaria de 16 de junio de 1939 para *El Hogar*, revista de «Ilustración semanal argentina» (ahora en J. L. BORGES, *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en «El Hogar» 1936-1939*, ed. E. Sacerio-Gari y E. Rodríguez Monegal, Tusquets Editores, Barcelona, 1986, págs. 329-330) y más tarde incluida en *El Aleph* (1949), con el mismo título en relación al relato «Abenjacán El Bojari, muerto en su laberinto».

ella en los siguientes términos: «Pour l'homme mesuré et de mesure, le chambre, le désert et le monde sont des lieux strictement déterminés. Pour l'homme désertique et labyrinthique, voué à l'erreur d'une démarche nécessairement un peu plus longue que sa vie, la même espace será vraiment infini, même s'il sait-que'il ne l'est pas et d' autant plus qu'il le saura.»

Por lo que hace a la segunda parte de la proposición, la prueba se resolverá *in casu* sobre las tres variables indicadas: la botella, la red y el laberinto. La interrogante es, demostrado que todas ellas son formas laberínticas, qué estructura particular posee cada una. A nuestro parecer constituyen, respectivamente, aplicaciones alusivas e ilusivas del laberinto clásico o griego, moderno o rizomático «esquema Deleuze-Guattari» (8) y manierista o barroco —esquema trial and error procers— o laberinto propiamente dicho.

La situación de algo o alguien en el interior de una botella, como la mosca de Wittgstein a quien la filosofía enseña a salir, no difiere sustancialmente de aquella en que se viera Teseo ayudado del hilo de Ariadna. Es un laberinto con entrada y salida (la botella permanece abierta); se puede llegar al centro y desde allí retornar al exterior. La filosofía nos conduce. El único peligro consiste en el Minotauro que es como la representación más terrible de nuestro pensamiento, la sinrazón, y de quien se ignora cuando podrá aparecer y devorarnos. Simboliza la salvación, el triunfo de la razón a través del método, aunque la oscuridad de la duda haga posible también la falibilidad de éste (romper el hilo, iter, methodo).

La del pez atrapado en la malla de una red es típica del laberinto esquema rizomático evolucionando por movimientos desorientados. Una vez dentro desaparece la salida; no existe un centro definible. Cada camino, más que bloqueado, se conecta a un nuevo tramo, que a su vez lo está a otro y así sucesivamente, hasta el infinito. Cerrado por completo en toda su periferia, perfectamente entramada y circular, es potencial y virtualmente ilimitado. De él se sale sólo, como el pez, para morir. Simboliza el caos (9), caos primordial.

(8) Se trata del esquema de movediza praxis o anti-oedipo presentado por G. DELEUZE-F. GUATTARI, en *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barral Editores, Barcelona, 1973. Vid. también G. DELEUZE, *Rizoma*, Pre-Textos, Valencia, 1971.

(9) La trasposición poética del esquema rizomático nos la presenta Borges con los siguientes versos: «No habrá nunca una puerta. Estás dentro / y el alcázar abarca el universo. / Y no tiene ni anverso ni reverso / Ni extremo muro ni secreto centro». *Laberinto* en *Elogio de la sombra*. G. K. CHESTERTON, en *The Head of Cesar*, ya empleó una estructura semejante haciendo comprender a su personaje que no hay nada tan aterrador como un laberinto sin centro. De igual modo, en el género novelístico A. BIOY CASARES, ideó para *Plan de evasión* (1945) una curiosa estructura rizomática a base de un conjunto de celdas tapizadas de espejos y los efectos de las alucinaciones psicológicas de la sinestesia producidas por las intervenciones quirúrgicas que el Guber-

Por tanto, lo que Bobbio llama «laberinto» corresponde de suyo al modelo manierista o barroco. En forma de árbol, con caminos bloqueados, ramales que se cierran en determinado lugar, tiene salida en el punto en que recorrida toda su estructura evolucionando en esquema trial and error procers, se abren al fin las dos últimas opciones. La particularidad, como bien advierte Bobbio, es que trasladado el modelo al problema de hallar la salida en la amenaza de una guerra nuclear, un error en la elección no permitirá ya desandar el camino. Ahora bien, ¿con qué carácter simbólico se manifiesta esta estructura laberíntica?, ¿qué simboliza el laberinto barroco?

Creo que la interpretación simbólico cultural a que esta modalidad se presta da oportunidad para algunas consideraciones de interés. Así, en general, precisamente por su carácter simbólico indiscutible y en parte también sin duda por su estructura gráfico ideacional, todo laberinto refleja y refracta condiciones y estados emocionales. En este sentido la literatura ofrece a veces sobresalientes muestras, por la combinatoria (reflexión-refracción) de juegos perifrásticos —cítese la creciente grieta en los muros de una casa y la progresiva decadencia de sus inquilinos en *La caída de la casa Usher*, de Poe (10)—, sobre la recíproca reverberación y correspondencia entre los cambios anímicos y los cambios fisiológicos. Pues bien, el recurso a la imagen del laberinto manierista, dotado —frente a los otros— de una peculiar identidad, refleja y refracta una disposición psico-espiritual esperanzada que habríamos de asimilar a una concepción antropológica optimista de la existencia. Efectivamente, en el laberinto barroco la esperanza no se ha perdido porque la salida existe, a la inversa de cuanto sucede en el rizomático que por lo mismo manifiesta el estadio final del caos y, en consecuencia, la fatalidad y el pesimismo antropológico.

La razón de aquel optimismo está en venir sujetado a lo *humano*, esto es, en pertenecer al hombre la autoría de la construcción laberíntica. El supremo hacedor, ni es el Destino, ni son los

nador de una colonia penitenciaria en las Islas de la Salvación lleva a cabo sobre los reclusos de la misma. El narrador-editor Antoine Brissac y el protagonista, Enrique Nevers, describen el lugar en que el Dr. Castel verifica su experimento como un complejo de edificaciones formado de cuatro celdas adyacentes entre sí, tres rodeando a una central —distribución que recuerda la del *Panopticon* de Bentham—, desde la que se generan las percepciones sensoriales de los prisioneros. Nevers descubre el horror de las imágenes propuestas en los muros de las celdas exteriores que, por la disposición de los espejos y la alteración de los sentidos de los prisioneros, figuran paisajes de bellas islas desiertas rodeadas de mar al tiempo que intervienen la posibilidad de captar toda realidad ajena o extraña a las propias celdas. El laberinto óptico en que se hallan quienes se alojan en ellas propone la siguiente visión: «por tres lados ven las otras islas: por los espejos su propia isla, las otras y las que reflejan los espejos de las otras». Más tarde Nevers enloquece por temor a quedar atrapado por los espejos —«había recordado que los cuartos de espejos eran infiernos de famosas torturas»— y en su paranoia trata inútilmente de alcanzar la sala central.

(10) Del mismo modo, la novela de N. HAWTHORNE, *La casa de las siete buhardillas*, donde el edificio de tejado a dos aguas con terminaciones góticas, apelmazadas chimeneas, enormes ménsulas y otros elementos arquitectónicos de aspecto espectral —tí-

Dioses; sólo al hombre incumbe su creación y su existencia. El laberinto barroco es el laberinto de los hombres, obra de éstos a su imagen y semejanza (11); así, patentiza sus conquistas y grandezas, no menos que sus miserias y desventuras, y, en todo caso, también su capacidad de rectificación. De esta evidencia cabría concluir en la secularización de la historia moderna y en el irrenunciable protagonismo del hombre ante su futuro. La historia sería potencialmente interminable y la presencia del hombre en ella no habría de tener fin. Esto, claro está, siempre que el hombre, dueño de todo y del todo, no decidiera la destrucción total; una hipótesis hasta ayer materialmente imposible, que aún a pesar de que hoy es bien probable, como señor de su porvenir podría alterar, reducir y eliminar no ya la probabilidad, sino hasta el posibilidad en sí misma considerada. Sin embargo, aunque el tanto por ciento de que lo uno o lo otro llegue a suceder es formalmente por mitad igual, sustancial y orgánicamente un sistema que incorpora idéntico número de errores y de aciertos posibles arriesgando en ello la conservación o desaparición del propio sistema no puede ser tenido nunca, lógicamente, como un buen sistema. Es por esto que ese altísimo factor de riesgo resultante en la última instancia —para nuestro comentario en la salida bifurcada al laberinto de la guerra, que es ahora, hoy, guerra nuclear absoluta— ha de plantear una permanente tensión esperanza-temor que, como no distinta psico-empíricamente de una reacción satánico-mística, debería producir el efecto del éxtasis, o en términos seglarizados parálisis.

La cuestión es a partir de aquí, finalmente, averiguar si con esta diagnosis podemos quedar satisfechos. Con Bobbio convendremos, a modo de prognosis, que la porcentualidad aparentemente análoga entre precariedad del equilibrio y riesgo de desequilibrio puede variar a

picos de las ciudades costeras de Nueva Inglaterra, anteriores a los de estilo georgiano o «colonial»— simbolizan la sombría maldad y decadencia final de los Pyncheon. Otro magnífico ejemplo se sugiere en *La letra escarlata*, también de HAWTHORNE, por la simbólica correspondencia entre el condicionamiento reflejo de toda una comunidad para con la rigidez de la estricta ley religiosa y la represión falsa y mezquina de los impulsos naturales, en el efecto psico-sociológico de una sanción de escarnio público. Por su parte, H. P. LOVECRAFT en *El horror en la literatura*, Alianza, Madrid, 1983, menciona el común empleo que de estos recursos se hace en algunas narraciones de Poe y la «aterradoramente torre de bronce», en *The House of sounds*, de M. Ph. Shiel, vid. págs. 64 y 77. Sobre esto último habría que añadir la referencia a G. K. GHESTERTON, en *El hombre que fue jueves* (cap. VI) al relatar la fábula de dicotomía Occidente (un árbol habitado por el Espíritu) Oriente (una torre cuya sola arquitectura sería el Pecado). De BORGES, recuérdese «Abenjacán El Bojari, muerto en su laberinto», cuando escribe: «Lo que importa es la correspondencia de la casa monstruosa con el ambiente monstruoso. El Minotauro justifica con creces la existencia del laberinto».

(11) Recuérdense las palabras de Borges en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertiu*. «Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden —el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo— para embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas —traduzco: a leyes inhumanas— que no acabamos nunca de percibir. *Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.*»

poco que la osadía, el error, el azar o la locura de uno cualquiera hipotéticos (cada día en mayor número) contendientes se extralimite produciendo el desastre universal. Pero no se agotan aquí, al menos para nosotros, las reflexiones sobre las prolongaciones psico-espirituales del laberinto manierista. En la encrucijada «aut-aut» y entre tanto no se elige una de las dos vías finales, la demora en resolver la disyuntiva no conduce a nuestro juicio a una situación real de parálisis, sino que subrepticamente se favorece un estado emocional que, como afirmábamos, introduce modificaciones en la fisonomía del laberinto. En concreto, éste irá transfigurándose de prisión en refugio. Esto representa tanto como una copernicana, y desde luego regresiva, reenumeración de la existencia y de la función del hombre en el mundo. A modo de ejemplarización creo que podría acudirse en equivalencia, de nuevo, a dos relatos borgianos; el de *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius* y su antítesis *La casa de Asterión* (12) tal que, como en éste, el hombre abandonaría la búsqueda de la cifra, de la clave humana a su reclusión en el laberinto. No sería nunca más Teseo, sino el Minotauro, «pobre protagonista», que aguarda resignado y arrepentido un redentor.

Varios párrafos del último y brevísimo de estos dos cuentos son profundamente reveladores: «especie ridícula es que yo, Asterión soy un prisionero», por lo demás, algún atardecer he pisado la calle, si antes de la noche volví, lo hice por el temor que me infundieron las caras de la plebe» (el mundo de los hombres), «no me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otros hombres». Y respecto a la predicción del futuro; «uno de ellos profetizó en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque se que vive mi redentor y al fin se levantará sobre el polvo... ¡Ojalá me lleve a un lugar con menos galerías y menos puertas!...» (13).

El significado ético-religioso y filosófico-político es tan patente como en la dialéctica amo-esclavo hegeliana. Un Dédalo inmortal nos ha dispensado la gracia del laberinto y al sentirnos Minotauro, damos sentido a su obra. Al cabo, en esa ilusión, en esa conciencia ideológica de resignación, es cuando el subsuelo nutricio de la irracionalidad hace brotar iluminados libertadores, Teseos portadores de la refulgente espada de bronce en la que el Minotauro sentirá, por el sacrificio (como el gozo, ahora sí, del éxtasis satánico-místico de la muerte-vida), la liberación definitiva. Se habrá regresado entonces a la praxis esquizoide del laberinto rizomático, del hombre atrapado en la red,

(12) «El mundo será Tlön» se lee en el primero. «La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo» puede leerse en el segundo. Sobre éste último vid. E. ANDERSON-IMBERT, «Un cuento de Borges: La casa de Asterión» y J. ALAZRAKI, «Tlön y Asterión: metáforas epistemológicas», en J. Alazraki (ed.), *Jorge Luis Borges. El escritor y la crítica*, Taurus, Madrid, 1976, págs. 135 y sigs. y 183 y sigs., respectivamente.

(13) La trasposición poética de esta distorsión del laberinto clásico aparece también entre las composiciones de *Elogio de la sombra*: «Sigo el odiado / camino de monótonas paredes / que es mi destino...», «Nos buscamos los dos. Ojalá fuera / éste el último día de espera» (*El Laberinto*).

en un laberinto de donde sólo se sale para morir, de donde sólo se sale muriendo.

* * *

Las imágenes y las figuras proponen siempre una conclusión dual; es decir, permiten intuir (14) no sólo lo que *presentan* (significación presencial o lineo-lateral), sino también aquello que, bajo su apariencia, *representan* (significación simbólica). La interpretación y percepción del significado simbólico, con independencia de lo fantástica o fabulosa que haya podido ser su expresión formal, va pareja a contenidos culturales determinados y con ellos cambia a su mismo ritmo, pero no se rigen necesariamente por asociación racional de ideas empíricas, por razón lógica. Más bien obedece a estímulos subjetivos, animistas, de carácter emocional que operan, diríase, a través de «razones fantásticas» en las que las reglas lógicas de la razón científica resultan irracionales ante la profunda capacidad de metamorfosis que los símbolos pueden desarrollar. Para la categorización del símbolo debe emplearse el «razonamiento» prelógico típico de los procesos inconscientes de lo puramente emocional. Los procesos inconscientes de lo puramente emocional generan expresiones de emoción que, ciertamente, no son la emoción misma, pero sí la imagen de aquélla. Las imágenes de una emoción son equivalentes, por sus efectos de objetivación, a la emoción objetiva. Esta, entonces, puede ser estudiada socialmente.

En este sentido el universo de la praxis política en cuanto presenta una faz simbólica y admite una representación simbólica plantea dos direcciones de examen para la filosofía política. Una, donde la investigación de las manifestaciones simbólicas de la sociedad política se convierte en adecuado instrumento gnoseológico para captar plenamente, desarrolladamente, la praxis política (15). Otra, donde la investigación de la praxis política simbólicamente representada puede cooperar a reconstruir las formas más elementales de la experiencia psico-empírica del individuo (16). En esta última dirección las metáforas epistemológicas que esos símbolos incorporan poseen una dimensión filosófico política (positiva, normativa o descriptiva) del comportamiento humano profundamente aprovechable.

(14) E. CASSIRER, *Filosofía de las formas simbólicas*, F.C.E., México, 1971, págs. 105 y sigs., y *Esencia y efecto del concepto de símbolo*, F.C.E., México, 1975. G. DURAND, *L'Imagination symbolique*, P.U.F., París, 1968. T. TODOROV, *Théories du symbole*, Seuil, París, 1977.

(15) M. GARCÍA PELAYO, *Mitos y símbolos políticos*, Taurus, Madrid, 1964, págs. 200 y 206. Vid. también, E. CASSIRER, *The Myth of the State*, Garden City, Nueva York, 1950.

(16) E. CASSIRER, *An Essay on Man*, Garden City, Nueva York, 1953, págs. 102-103.